



COMISIÓN 7

Licenciatura en Comunicación Social

Índice

1. El hombre de un ojo. Zoe Averbach
2. La niña del vidrio. María Rosana Benencia
3. Cicatrices. Gonzalo Benítez Taborda
4. Frío. Christian Berti
5. En casa somos de cremarnos. Leonardo Fabio Calderón
6. La silla de madera. Sergio Car
7. Montini. Andrés Daniel Cardozo
8. Montecristo. Ángeles Cardozo
9. El fantasma de Simona. Celeste Casiano
10. Desgarros. Erika Céspedes
11. Absurdo. Camila Crapelli
12. Lágrimas heladas. Juan Pablo Cravero
13. La independencia fallida. Camila De Pino
14. El cursor se movió de lugar. Valentín Dorigo
15. El departamento de la muerte. Karen Figueredo
16. Hipocresía. Iara Flores
17. ¿Qué sería capaz de hacer? Unelen Flores
18. El recuerdo de un ángel. Karina Garzón Rincón
19. ¿Qué y quién soy? Clara Iburguren

20. La novia de la curva. Tomás Marchiano
21. En el bosque pudimos ver(nos). Ignacio Martínez
22. Torre de marfil. Macarena Nievas Rodríguez
23. Brahma. Emilia Novo
24. La espera. Silvia Quentrequeo
25. Disturbio en la fila. Micaela Rodríguez
26. Click. Camila Sala Marambio
27. Crónica de la primera crisis. Martina Skretkowicz
28. Yo solo quería despertar. Martina Silio
29. Purezas. Sol Silveria
30. La vida como pantalla de cine. Agustín Soto
31. Una mañana de terror. Diego Velásquez
32. María. Juan Stegmayer
33. La nieve y la rosa. María Luján Wollands
34. Alegría cubana. Sasha Wright

El hombre de un ojo

Zoe Averbach

La mano de mamá es tibia, pero demasiado chiquita contra ese hombre tan grande. Toda ella es pequeña y dulce, me pregunta qué pasó. Pero no quiero hablar. Aparte no puedo despegar los ojos el camino que sube hacia la huerta. No los cierro, aunque el sol inunda todo y me los hace picar. Si no paro de mirar me van arder, y voy a llorar. Aprieto fuerte el pantalón de mamá y trago el dolor. Trato de sacarme el sol de la cara y me paso la mano, pero solo un segundo.

Si me distraigo puede venir. Y aparte estoy congelada como perro guardián y mamá quiere ir para allá hacia la huerta. Pero yo vengo de ese camino suave y no puedo dejarla ir, aprieto más fuerte mi agarre. Quiero decirle que está en peligro.

Hace menos de un minuto corrí una carrera con los perros; hasta la cima; donde empiezan las zanahorias, justo en la tranquera. No gane, ganó Mora, con la lengua afuera jadeando, mira me las manos. Está buscando un premio. Lo exige, yo me río y la acaricio. Es lo único que tengo para darle, a mi alrededor el resto ladra convertidos en jauría. Se pelean sobre el cantero de la remolacha, que no me importa porque nunca me gusto.

Disfruto de mora, que es una perra enorme, mide más que yo. Recorro el camino entre el borde marrón y su manto negro. Bordeando, dibujo el contorno de su lomo oscuro. Al sol todo es más bonito, de noche me da miedo, parece otro perro. Una mandíbula hecha para correr y atrapar.

Alguien me llama desde lejos, tardo en darme vuelta. Más de lo que debería porque ya está ahí, a mi lado. Y es alto, demasiado lejano. Me mira sonriendo como si fuera comerme. Sonríe ancho y sin dejar que se asomen los dientes. Pero yo adivino los dientes hechos para despedazar, para comer crudo como mora. Dientes de depredador, de gigante hambriento. Aunque él no quiera que me dé cuenta sé lo que es, porque bajo el sombrero ancho y blanco tiene un solo ojo. Aunque finja que cierra el otro en una Mueca, yo sé que miente y es un cíclope. Por eso La pala sucia. Viene de enterrar los huesos y todavía tiene hambre, por eso la sonrisa.

Corro y en el camino piso mis perros, las Remolachas, me tropiezo con las zanahorias y grito de dolor. Pero me levanto porque sé que mamá está viniendo y ella es demasiado tierna para hombres así

La niña del vidrio

María Rosana Benencia

En aquellos años y sobre todo por las noches, era frecuente encontrarse con ella caminando bajo la lluvia. - “Este barrio alejado del centro, tan a tras mano-” diría con tono de queja desde el sofá mientras comía un gran trozo de torta marmolada, la señora Eleonora.

La cuestión era que en invierno y bajo una espesa niebla, los pajonales del jardín se convertían en verdaderos espejos tenebrosos. Gustaba de cocinar en la penumbra y sobre la mesada de granito áspero. No había querido que el moderno revestimiento de melanina la despojara del recuerdo de aquellas manos maternas; que, en ese mismo y breve espacio, solían dibujar pastas y buñuelos.

El rostro regordete de la vieja proyectaba una sombra tierna en el vidrio de la ventana. Así; desesperadamente pendiente, en el instante preciso y pactado, dejaba la cocina al tiempo que corría a la puerta: un auto negro con vidrios polarizados, deslizaba un inminente poderío rodando por la calle angosta; mientras sus luces delanteras se apagaban y encendían; conjugando sospechosamente el parpadeo lumínico.

Al ingreso del vestíbulo y en una mesita redonda plagada de carpetitas tejidas artesanalmente y con olor a naftalina, estaban las fotos: todas en porta retratos con vidrios relucientes. Las imágenes de sus dos hijas recibiendo la bendición del cura párroco de la Iglesia San Anselmo, componían una sórdida pintura, de aspecto barroco, como los marcos dorados de los cuadros colgados en forma de cruz molinos y labradores medievales.

Difícilmente y después de la media noche, pudiera ella conciliar el sueño. Antes - pensaba - “al menos leía”. Imaginar historias le costaba demasiado en ese estado, casi ciega y solitaria.

Un invierno. Otro invierno. Aquel invierno número 92; cerca de la estufa, lejos del jarro de té y contra el piso, Eleonora sintió el hilo de sangre correr por el borde del labio inferior.

Intentó auxiliarse agarrándose de una de las piernas de la muñeca sentada en el sillón junto al teléfono. Paralizada por el golpe no sabía que, en ese instante y desde el espejo, una nariz prominente asomaba turgente del rostro con pequeños ojos rasgados. Así, a modo de ensueño, analizaba sin poder comprender: una soga rígida en el cuello sostenía la cabeza de la niña reflejada en el vidrio, quién a su vez, portaba un gran turbante rojo. “La postal del barrio en ruinas nos acecha a tan solo 5 km de aquí”; -tituló un periódico famoso de la ciudad aledaña-. “Y en esa postal, la anciana yacía muerta, con la boca lastimada; a la vez que las puertas de todas las casas del lugar estaban abiertas; aun, encontrándose deshabitadas “;” (...) el detalle que nos dejó atónitos: un coche negro con las luces altas encendidas -al parecer- se trasladaba sin conductor”; continuaba narrando el pasquín.

La policía cercó el barrio; las puertas quedaron abiertas como parte de la prueba. Pasaron los días. La primavera resplandecía en las hamacas de la placita que se mantenían inmóviles a pesar del viento. Los tres columpios estaban ubicados en el centro del predio, justo en la esquina de la casa de Eleonora. Normalmente, en esa estación del año, sus cercos y tapiales se encontraban cubiertos de flores; ramas verdes y limones frescos.

Mientras el tibio sol terminaba de secar los restos de los pájaros; cuentan quienes pasan por la ruta, que una niña de turbante rojo, juega entrando y saliendo, saltando cercos y cantando una extraña melodía antigua.

Anoche; luego de volver a leer el recorte periodístico; me invadió la curiosidad. Quise volver al lugar que tantas veces imaginé. Sin dudas, la muerte de la viejita me había impresionado.

Bajé del colectivo, caminé tres cuadras hacia la derecha de la heladería y tomé por la diagonal, luego; tres cuadras a la izquierda hasta visualizar el espacio verde. Estaba muy oscuro. El reflejo tenue amarillento parecido al que proyecta la luz de los candiles, dibujaba el perfil de una mujer. Me acerqué: en el vidrio se recortaba la figura de una anciana.

No me atreví a entrar. Aunque pude escuchar pasos livianos tras de mí. Cerré los ojos. Permanecí aterrada; aun así los abrí: claramente, un auto negro estacionaba en la puerta de la casa.

Decidí correr hasta la parada del colectivo. Con el rabillo del ojo divisé algo en la placita sacudiéndose danzante y violento; sospeché que era la niña del turbante quien se columpiaba. Busqué la "SUBE" revolviendo mi mochila con las manos empapadas en sudor. Confieso que no pude mirar hacia atrás.

Una vez en el micro, una niña me pide el asiento para su abuela; tiene un turbante rojo y me cuenta que vienen del hospital. Las miro aterrada. Bajo bruscamente los párpados: extrañas manchas frescas ensucian el piso de goma del "Sur". Veo la sangre en la boca de la anciana. La niña me sonrío y canta.

Cicatrices

Gonzalo Benítez Taborda

Abrió los ojos y corrió, eyectado por las náuseas, desde el dormitorio hasta el baño. Tropezó con los zapatos abandonados a los pies de la cama y tiró un tubo con perfume que estaba apoyado en el lavamanos. El ambiente se inundó del aroma, fuerte y seco, de la fragancia estrellada contra el suelo.

Mariano estaba doblado, con las manos apoyadas en la pared, intentaba sacar el alcohol de su cuerpo. La boca le ardía y el recuerdo del JimBeam le producía fuertes arcadas. Necesitaba vomitar el whisky para acabar con los dolorosos espasmos que tenía en el estómago. Fracasó y se resignó a pasar el día con el malestar producto de una noche compartida con amigos.

Se lavó la cara y los dientes ignorando los pequeños vidrios desparramados en el piso y el líquido que le humedecía las medias. Se encaminó a la cocina a buscar algo para comer y tomar una bebida que lo hidratara y apagara el fuego que le quemaba las tripas. Caminó por el pasillo que conectaba todos los ambientes del departamento y se detuvo al ver a una mujer, parada frente al ventanal del living, observando a la ciudad desde el piso veinte. Mariano gritó por el susto que le provocó la inesperada presencia y dio un paso atrás, ella fumaba un larguísimo cigarrillo.

El dueño de casa preguntó a los gritos quien era y que hacía en su casa. Con voz delicada y sensual le respondió que no debía asustarse, quería hablar con él y salvar alguna vida. Dijo conocerlo muy bien, desde hace muchos años, pero no quién era. Mariano estaba convencido de que era la primera vez que la veía y buscó la voz en su memoria pero no consiguió identificarla.

Las náuseas y malestares comenzaron a ceder producto del miedo. Había algo en ella que lo aterraba, no temía por su seguridad, era una clase de temor que no podía definir. Decidido a averiguar quién era la mujer y que hacía en su casa entró al living y se acomodó en el sillón individual más cercano a la puerta. La invitó a sentarse y preguntó ¿salvar la vida de quién? No recibió respuesta. Le ofreció un cenicero que conservaba como un adorno porque no permitía a nadie fumar en la casa. Ella, aún de espaldas, lo rechazó agradeciendo y dijo que no lo necesitaba.

Mariano, víctima de una creciente intriga, aprovechó el momento y la observó detenidamente. Era alta y de piernas bien torneadas, el cabello lacio y azabache le caía sobre los hombros. Usaba tacos, medias de nylon, una falda hasta la mitad de las piernas y una camisa entallada, toda de negro. Era muy atractiva. Le preguntó si había terminado y él no comprendió, -de mirarme- agregó y lentamente giro para ser vista de frente.

Mariano contuvo la respiración y viró la cabeza sorprendido, horrorizado. El rostro de la mujer era desagradable, dos cicatrices que lo cruzaban formaban una X roja, la boca parecía torcida y un solo ojo lo observó fijamente ya que el otro estaba cegado. La nariz estaba aplastada y la frente tenía manchas descarnadas, como marcas de quemaduras, al igual que sus manos. Se compadeció de ella y lamentó que tan hermoso cuerpo y cautivante voz se desperdiciaran de esa manera.

La visita ignoró la reacción y, sonriendo, se acomodó en el sillón de tres cuerpos a la derecha del anfitrión. Le permitió recomponerse de la impresión que le había provocado mientras pitaba el cigarrillo. Mariano miraba por el ventanal para evitar verle el rostro. La mujer inició la conversación preguntando si había tenido una noche fructífera, si había conquistado una nueva víctima.

Mariano abandonó su pasividad y la miró, ignorando la fealdad del rostro que lo interrogaba, sorprendido por la palabra que había escuchado, VICTIMA. La cuestionó

ofendido y ella lo calló con un gesto de su mano. Se puso de pie y recorrió lentamente el living decorado con estilo moderno. Cuando el silencio se hizo insoportable para Mariano ella se detuvo detrás del sillón y miró nuevamente por el ventanal. Pitó el cigarrillo e inició un monólogo que recorrió el particular y oscuro historial del incrédulo hombre. Tenés cincuenta años, te divorciaste hace quince y Florencia se fue a España con el hijo de ambos. No lo vez hace diez. Con ella vivieron en matrimonio tres años tras un corto noviazgo. Todo ese tiempo de convivencia le significaron un martirio, causó gran sorpresa en quienes la conocían íntimamente, que aceptara casarse contigo. Fuiste un controlador abusivo, la llamabas todo el tiempo, le quitaste la libertad, rompiste sus lazos familiares y la alejaste de sus amistades.

Se detuvo para dar unas pitadas al cigarrillo mientras Mariano la miraba sorprendido y en silencio. Se reanuda el monólogo. - ¿Recordás a Vanina, la hermosa adolescente pelirroja que te soportó desde el tercer al quinto año del colegio? -le preguntó y continuó sin aguardar respuesta. Ella recuerda esos años con disgusto. No fuiste su novio, fuiste su carcelero. Con María, la belleza que trabajaba en la perfumería, repetiste todas tus actitudes. Steffi, la rubia que tanto placer te daba en la cama, fue la primera que soportó tus golpes y amenazas. Igual Marcela y Patricia, las amigas de tus ex amigos, que dejaron de serlo por lo que les hiciste a esas mujeres. No olvidaste a Fernanda, estuviste a punto de casarte con ella. La salvaron el padre y los hermanos cuando en un descuido dejó ver las marcas de las palizas que le propinabas. Al menos recibiste de la misma medicina, te dieron una paliza de campeonato.

Mariano escuchaba y se hundía en el sillón, nuevamente tenía náuseas. La mujer calló y lo enfrentó, mirándolo con su torcida sonrisa carente de humor. Volvió a sentarse y continuó con el discurso. Sos un hombre muy apuesto, con un nivel cultural alto, un muy buen pasar económico, muchas facilidades para conquistar a una mujer. Un matrimonio y otro se frustró en las vísperas, algunas novias que duraron un par de años y otras relaciones de pocos meses.

Pitó el cigarrillo y a Mariano le costaba respirar. Desde tu adolescencia en cada una de tus relaciones fuiste controlador, acosador, posesivo. Desconfiaste de cada una de tus relaciones, sos inseguro, dependiente, tenés baja autoestima. Fuiste un fabulador toda tu vida. Te convertiste en un hombre violento y tú cobardía crecía con cada golpe que

les dabas a las mujeres que caían en tus redes psicopáticas. La mujer se paró y, un instante después, estaba completamente desnuda delante del golpeador. Tenía cicatrices y moretones provocados por patadas y trompadas. En los senos se veían marcas de dientes. - Esto le hiciste a cada una de tus mujeres Mariano, estas son las marcas que les dejaste a cada una de ellas, y las marcas que no se ven son las peores. Su voz había cambiado, ya no se escuchaba sensual, era espantosa, erizaba los pelos. Mariano lloraba y gemía, no articulaba palabra, se movía producto de la agitación, del miedo y la vergüenza. Ella lo miraba con odio y le sonría con asco, al igual que él, carecía de humanidad, pero de una muy distinta. -¡Además de ser una basura sos un celoso patológico, dejá a las mujeres en paz!- le espetó mientras lo agarraba del cuello. -¡Soy el fantasma de tus relaciones y no quiero más cicatrices!- le dijo furiosa.

Mariano gritó y corrió desde el dormitorio hasta el baño. Tropezó con los zapatos abandonados a los pies de la cama y tiró un tubo con perfume que estaba apoyado en el lavamanos. Doblado, con las manos apoyadas en la pared, vomitó hasta casi perder el equilibrio. Se lavó la cara y los dientes ignorando los pequeños vidrios desparramados en el piso y el líquido que le humedecía las medias. Se encaminó al escenario de la pesadilla para buscar algo fuerte para beber. La pesadilla lo atormentó al enfrentarlo con cada uno de sus actos para con las mujeres que lo rodearon. Entró al living, se detuvo y debió apoyarse en la pared producto del miedo. El cenicero que tenía como adorno y jamás fue usado por nadie tenía un cigarrillo encendido. Se quedó mirándolo durante una hora y el cigarrillo nunca se consumió.

Frío

Christian Berti

Me encontraba en lo que al parecer era un enfrentamiento armado, era de noche y poco se veía. Gritos se escuchaban, gritos que a los pocos minutos callaban. Estaba tirado en tierra húmeda, pero el olor de la tierra se mezclaba con olor a sangre. Por la niebla que había poco se veía, pero podía escuchar los disparos y los gritos proviniendo de diferentes direcciones. Decidí pararme para empezar a caminar, sentí el frío de la noche por unos pocos segundos hasta que un calor se apoderó de mi pecho y se extendió

lentamente por el resto del cuerpo, me habían disparado. Quise verme la herida y noté que tenía un agujero en el pecho, tenía que buscar ayuda.

Ya no estaba en el campo de batalla, estaba en una casa que me resultaba familiar, estaba rodeado de personas que conocía. Un leve alivio tomó protagonismo. Comencé a contarles a estas personas lo que me había pasado, pero parecía no importarles, como si no pudieran ver la herida que tenía en el pecho, de alguna manera la ignoraban. La angustia empezaba a crecer otra vez. Caminé entre todas las personas que lograba reconocer, pidiendo por ayuda, pero nada obtenía. Logré ver una puerta y decidí salir. Afuera todavía era de noche, con una niebla espesa y un frío intenso que aterrorizaban. El olor que había me recordaba a la tierra húmeda mezclada con sangre y me angustiaban más, no podía dejar de pensar en la herida. La preocupación cada vez era más fuerte, me estaba desesperando. De repente mis pensamientos se tornaron paranoicos, creí que iba a morir solo en medio de la nada. El miedo me impulso a correr. Corrí para donde creía que alguien podía ayudarme, pero era solo una carretera en medio de un bosque, no encontraba a nadie a quien pedirle ayuda.

Al fondo, una luz a la cual tenía que llegar, me motivaba a seguir avanzando, pero los pies me pesaban más con cada paso que daba. Raíces crecían del suelo e intentaban inmovilizarme. Yo seguía corriendo y mientras corría, las raíces que intentaban agarrarme se rompían. Mucho ya no podía pensar, tenía que llegar al final de la carretera. Avanzaba a pesar del cansancio, de la desesperación. Avanzaba como avanzaba el dolor que recorría mi cuerpo. Avanzaba con las pocas fuerzas que me quedaban.

Cuando logré llegar al final, noté que no había más camino, era un acantilado. Sentí que todo el esfuerzo que había hecho para llegar hasta ahí fue en vano. Mis propios gritos me aturdían, el pánico se apoderaba de mí como muchas veces antes lo había hecho. Por un segundo, pudiendo alejar mis miedos, pensé que de alguna manera tenía que escapar, que si hasta ahí había llegado, ahí la pesadilla tenía que terminar, tomé fuerzas, llegando a toda velocidad hacia la orilla y sin mirar hacia adelante salté.

En casa somos de cremarnos

Leonardo Fabio Calderón

Para sentirme cerca de mi vieja voy al río; planifico bien el día y me voy pateando piedritas rumbo a la costanera. Huelo desde lejos me río de una sola orilla.

Cuando llego al exacto lugar donde sé que dejamos las cenizas de mi mamá me siento en la baranda y me fumo un cigarrillo rubio mirando la espesura marrón del Río de la Plata; hoy me toca mí, no va a más grito el Crupier.

De pequeño la muerte era de tés pálida con algodones en los agujeros de la nariz y los oídos. Tieso como un pollo, El tío Alfredo largaba juguitos por todos lados. La muerte era esa que luego de la corrida con algodones y gasas empapadas con restos húmedos de mi tío, había que tapar con la mortaja blanca. Los más chicos éramos alistados para tocarle los pies al cuerpo frío. Luego se formaban los grandes para saludar al tío, antes de que le pusieran la tapa y ajustar en las clavijas que harían hermético el viaje final del hermano de mi vieja rumbo a la humedad del camposanto de Lanús.

Hoy me toca a mí y estoy ansioso con una quinceañera la tarde de su fiesta. No quiero lujos pero si parranda: una caja de Jack Daniel's, hielo, música todo el tiempo y alguna sustancia para ausentar el sueño.

Prohibido llorar dice el pasacalles que cruces la puerta del velorio.

Sobre una mesa, rodeado de botellas de Bourbón, estaré allí. Sin velas, sin flores, ni coronas. Lo que quedó de mi estará tendido completamente en pelotas. No sé aún si con los ojos cerrados o abiertos. Toda la noche desfilarán los exclusivos invitados e invitadas, algunos solo vendrán a aprovechar la canilla libre, cosa lógica y esperable.

Despuntando el día, quieres permanezcan de pie acompañarán la piel, la carne y los huesos que me prestaron al venir, hasta el crematorio de la Chacarita. Así por unos pocos pesos de evitan la espera y te entregan las cenizas al toque. Con la caja calentita iremos todos en taxi rumbo al obelisco. Los más hábiles violarán con sus manos las cerraduras de la reja, abrirán a patadas la puerta del obelisco. Escalón a escalón subirán mis corotos hasta alcanzar la cima. Se turnarán el aguante de la caja, como lo hicieron también cuando vivía.

Con la mañana a pleno y mirando por la ventanita, la banda de sobrevivientes tomar a cada uno un puñado de mis cenizas y las lanzarás sobre la ciudad picadora de carne.

Volaré para siempre sobre las mejores pizzerías. Los compañeros, sustancias mediante, brindarán y mi nombre con la última birra.

La silla de madera

Sergio Car

Cuando el sol empezaba a bajar su intensidad y comenzaba a esconderse tras las sierras, Perla terminaba de apilar la madera a un costado de la cocina a combustión lenta de su humilde casa campestre. A la mujer le gustaba hamacarse en su vieja silla de madera, acompañada por su perro, a tejer en el patio. Esa tarde de otoño ella estaba muy emocionada terminando de hilar los últimos puntos de su bufanda, mientras esperaba la llegada de Juan, su trabajador esposo.

Perla, era una mujer apasionada por la costura y cuando tenía un trabajo a punto de terminar no le gustaba posponerlo. Esa tarde Juan, llegaba de un día muy cansador y se encontró con la sorpresa que su pareja estaba muy relajada en la puerta de su casa tejiendo, el no pudo contener su enojo al ver esta situación, y comenzó con una serie de reproches en torno a por que no estaba preparada la cena, porque no estaba planchada su ropa para el día siguiente y demás situaciones que Perla no había realizado, como así lo hacía habitualmente.

La discusión llego a un punto intolerable, en donde le hombre empezó a golpear a su pareja de una manera totalmente desmedida hasta que llego a darse cuenta que su acompañante de toda la vida estaba muerta.

La vida siguió, y el hombre no podía sacarse de la cabeza ver a su mujer cada vez que volvía de su jornada laboral hamacándose en su vieja silla de madera a un costado de la puerta de entrada. Un sábado de agosto, la silla comenzó a chillar y a hamacarse sola, el hombre sorprendido empezó a sentir que su mujer estaba ahí, que era ella quien estaba sentada, que una vez más estaban juntos, pero era solo una ilusión, solo el alma inquieta de Perla quien intentaba atormentar a Juan.

Las visitas de Perla a Juan fueron cada vez más recurrentes y el hombre ya no toleraba la situación hasta que decidió quitarse la vida al no poder tolerar los remordimientos internos que habían ocasionado el asesinato de su mujer. En el momento donde el

corazón de Perla dejó de latir, la vida de Juan ya había cambiado para siempre, nada volvió a ser igual.

Montini

Andrés Daniel Cardozo

Entre Villa España y Ranelagh a mediados de los 70 existía una laguna, dentro del campo de do Montini. Muchas horas de mi infancia las pasé ahí. Por ser el más chico me dieron el puesto de... conejillo de pruebas.

Siempre tratábamos de inventar algo que pudiera flotar en la laguna, y yo era el que tenía que probar dicho invento. Como no sabía nadar, cuando el invento fracasaba todos se tiraban al agua para que no me ahogue.

Montecristo

Ángeles Cardozo

Dantés logra sacarse las cadenas abriendo los candados con la llave que le quita a Danglas y como venganza se las coloca a él, dejándolo morir ahogado, nada hasta encontrar un barco con dos habitantes en el que lo ayudan a llegar a tierra firme.

El marino cambia su nombre para no ser descubierto por el crimen que cometió al matar a Danglas. Luego se propone ir en busca del tesoro, se trata de una gran cantidad de oro con el que se hace millonario y compra unas tierras.

Un tiempo después de su triunfo, Dantés va en busca de su novia y por fin vuelven a estar juntos.

El fantasma de Simona

Celeste Casiano

Una tarde fría sonó la campana del castillo, allí estaba Lord Canterville el actual dueño. La señora Umney atendió la puerta, del otro lado estaba Hiram B Otis, con interés de comprar el castillo para vivir allí con su familia. Lord Canterville le habló previamente

de la existencia de un fantasma. Hiram no creía en ellos y decidió irse a vivir con sus hijos y esposa al castillo. Este fantasma se trataba de una mujer que mato a su marido y su espíritu no estaba en paz. Su nombre era Simona Canterville.

La causa de muerte de su esposa fue que ella sufría de violencia de género y ya no aguantaba más los golpes y los insultos. Al matar a su esposa embrujo el castillo por trescientos años. En esta ocasión, la familia Otis no creía en los espíritus ni le temían. Las primeras noches Simona se paseaba por el castillo y los gemelos, hijos de Hiram, le tenían trampas para atraparla. Lo que los pequeños no sabían era que Simona era muy ágil y siempre estaba un paso adelante de todos. Los hermanos trataban de verla sufrir pero ella era una mujer fuerte. Ya había pasado cosas difíciles y dolorosas, unas simples bromas no serían un grave problema. Le hicieron las mil y una, sin embargo no pudieron atraparla, la característica mayor de Simona era su fortaleza. Nada la derrotaba, ella simplemente quería estar en paz de una vez por todas.

Una noche Virginia Otis, una joven de quince años, la vio paseando nuevamente por el castillo y se le acercó a hablarle. Le preguntó si es verdad o es un mito que había matado a su esposo y le preguntó cuál fue la causa del asesinato. Simona con tristeza volvió a recordar su historia y se la compartió a la integrante de la familia Otis. Lo misma, sintió empatía con la historia que le estaba contando y la abrazó, le dijo que entendía, que ella había pasado por algo similar con su ex pareja pero pudo escapar de ese infierno y dejarlo. Simona llorando le dijo que ella solamente quería un poco de paz después de tantos años, quería dormir todo lo que no había podido en trescientos años. Virginia le dijo lo siento de verdad. Es ahí cuando la cara de Simona se iluminó y recordó que si un ser inocente y joven sentía lastima por ella, podía estar finalmente en paz. La joven accedió a ayudarla y es así donde, finalmente, el alma iba a estar tranquila de una vez por todas. La empatía de una mujer hacia otra logra un final feliz.

Desgarros

Erika Céspedes

No recuerdo con exactitud cuando pasó, pero puedo asegurar que fue algo que nunca había sentido con otra persona, puede ser que vengan muchos más, pero eso me marco, me hizo sentir querida y acompañada.

Era nuestra primera noche juntos y estábamos de viaje en un auto, un poco sucio y medio viejo; por suerte el viaje no era tan largo, habíamos decidido ir a capital para pasear y ver a donde podíamos ir a comer. Pero todo el plan se desarmó cuando estábamos llegando, se largó una lluvia torrencial en la que no sabíamos a donde ir y estábamos lejos de casa.

Estuvimos dando vueltas con el auto en un barrio que no conocíamos, aproximadamente unos 10 o 15 minutos. Hasta que entramos en una calle un poco oscura, en la que vimos una H enorme, y decidimos entrar, por lo menos para pasar la noche.

Cuando abrí la puerta de la habitación lo primero que vi fue un espejo enorme, con una luz impresionante, luego venía la cama de dos plazas, con un acolchado rojo fuerte, con mucha pasión. Él cerró la puerta, mientras yo seguía recorriendo la habitación un poco fría, porque no funcionaba la calefacción.

Con todo lo que nos había pasado no había pensado en comer, no tenía hambre, tenía miedo (y no sé porqué), frío y ganas de acostarme.

Sin embargo él fue directo al refri y sacó unas papas y nachos para comer. Terminamos de comer, tomar y descansar para limpiar la cama y acostarnos.

Estuvimos un rato callados porque no sabíamos que podía pasar, hasta que él tuvo la iniciativa. Primero unos besos, tranquilos y luego nos fuimos desenvolviendo. Todo fue tomando calor y sudor, me agarro de la mano de una manera en la que me sentí en el cielo, a salva y en mi lugar.

Esa noche hubo muchas cosas malas pero todo sirvió para que estemos conectados como en ese lugar, un poco frío pero caliente por nuestros cuerpos.

Absurdo

Camila Crapelli

El lugar estaba repleto, pero no les importaba. Podría haber estado la Virgen María mirando que ellos hubieran seguido aquel juego, destinado únicamente para las tardes en las que podían verse tan de cerca en un lugar público.

Uno servía copas, y el otro se sentaba en la mesa, riendo, rodeado de aquellos amigos que no tenían ninguna sospecha y que, de saberlo, desaparecerían en un suspiro cargado de castigo y horror.

Esperaban hasta que el lugar estuviera vacío, con la traba de la puerta puesta. Uno usando excusas para encubrir sus encuentros, y el otro cumpliendo horas extras de trabajo.

Y comenzaban.

Podría decirse que a dos centímetros de sus bocas, no había límite, no había restricciones. Lo único en lo que pensaban era en unir sus labios, probar cada sabor que habitaba en ellos, y fusionarlos para convertirlos en uno nuevo; tan maravilloso e inquietante, que haría enrojecer al diablo.

Y lo hacían, hasta que se volvía demasiado tarde para mantener la mentira.

En lo único que podía pensar el mesero cuando su amante se iba, era que, quizás, el amor de su vida estaba más allá de su boca, pero la idea se le iba tan rápido como venía. Porque cuando recordaba su cuerpo, sus manos tocando su espalda, rasgandola de manera lenta, la idea le parecía absurda.

No se imaginaba gritando otro nombre al acabar, con marcas de otro sobre su cuerpo, con una saliva diferente a la de su amado en los labios.

Era absurdo, casi tanto como amar a un cura.

Lágrimas heladas

Juan Pablo Cravero

Ese invierno decidí pasar mis vacaciones en New York, hospedándome en una cabaña de la periferia de la ciudad. Estaba cansada del ruido y el estrés que me provocaba Buenos Aires durante mi período laboral, entonces opté por viajar sola, sin mis hijos que habían quedado bajo el cuidado de mi marido.

Cuando llegué a mi alojamiento, quedé encantada, era enorme y tenía una hermosa vista hacia un lago. El techo estaba cubierto de nieve, al igual que las calles, el crudo invierno azotaba con sus trece grados bajo cero.

Desde el primer día comencé a disfrutar plenamente de mi soledad. Leía libros de Borges frente al cálido resplandor del hogar a leña, salía a caminar en el bosque y cocinaba deliciosas recetas de mi madre. Todo fluía según mis ganas, la única rutina que tenía era llamar a mis hijos por las noches para ver cómo estaban las cosas por allá.

Gozaba demasiado de mí misma, como hacía mucho no ocurría, ya que nunca tenía espacios de ocio personal porque el trabajo para la empresa ocupaba mi tiempo por completo. Presentía que algo malo tenía que sucederme. Pareciera que mis pensamientos atrajeron la tragedia.

Terminaba de bañarme, eran más o menos las ocho de la noche del lunes, cuando mi celular comenzó a sonar. Mi presagio me generaba un mal augurio antes de atender el llamado, y así fue. Era Fede, diciéndome con la voz quebrada que un auto había atropellado a su padre mientras cruzaba la 9 de Julio, provocándole la muerte. Me puse blanca como la nieve misma e intenté calmar a mi hijo como podía a través de esa maldita comunicación telefónica.

Luego de recibir esta impactante noticia, no me quedo otra opción que procesar mi duelo sin compañía ni consuelo de nadie, alejada de mi familia y mis amigos/as. Mi vuelo hacia Argentina recién lo tenía programado para la próxima semana, así que me esperaban largos días inmersos en una profunda tristeza.

El primer día de agonía, llore, llore y llore, hasta quedarme dormida frente al fuego en la inmensa sala de estar. Esa noche soñé con Mario, me decía que estaría todo bien, que pronto me reencontraría con nuestros hijos y me abrazaba muy fuerte. Pienso que mi inconsciente demostraba que estaba sufriendo mucho su pérdida y que necesitaba un acogedor ser humano que me proteja en sus brazos para poder desahogar tanto dolor.

El martes, se empezaron a escuchar ruidos extraños en la cabaña. Desde el altillo se escuchaba como si las ventanas se estuvieran abriendo y cerrando continuamente, la luz de la cocina titilaba cada tanto, y las puertas comenzaron a hacer ruidos muy raros. Todo esto me provocó mucho miedo, que se sumaba a la pena que se alojaba en mi corazón. Intenté pedir ayuda a los dueños de la casa, pero me dijeron que no estaban en

la ciudad, y cuando les intenté explicar lo que estaba sucediendo me trataron de loca. Esta respuesta de su parte me provocó otro resentimiento. No tenía más remedio que esperar a que finalicen estas trágicas vacaciones.

Esa noche, el insomnio se apoderó de mí, estaba desbastada por el profundo padecimiento y por los cuestionamientos de por qué yo tenía que estar viviendo esta terrible situación. Hasta que, comencé a sentir una sensación muy extraña que realmente no sé si lograré traducirla en palabras. Luego de ver como la puerta del cuarto se abría lentamente, percibí una presencia muy extraña. Noté como si alguien me estuviese acariciando la mejilla, por la cual mis lágrimas se derramaban poco a poco. Ese sorprendente momento, lejos estuvo de ser aterrador, de hecho, fue hermoso. Me sentí segura y acompañada como nunca antes esa noche, ese algo me hizo entender que todo estaría bien.

La independencia fallida

Camila Del Pino

Lucía y Agustina eran mejores amigas desde chicas y habían decidido mudarse juntas para empezar a vivir de forma independiente. En una de esas noches en el nuevo departamento, Luci, como la llamaban todos sus seres queridos, había rechazado la propuesta de su amiga de ir a una fiesta. Para ella, el mejor plan de un fin de semana era quedarse en su cama tomando helado y mirando su serie favorita.

De pronto, la luz se cortó, sin ningún problema fue hasta la cocina a buscar algo que alumbrase; cuando estaba volviendo sintió una presencia extraña detrás de ella pero no le dio importancia. Colocó una vela en el pasillo e ingresó al baño, al salir vio a una mujer vestida de blanco, pálida, tenebrosa y con el cabello sobre toda su cara. Era un fantasma.

Lucía corrió con todas sus fuerzas tratando de huir. En ese trayecto, se encontró con Agus, quien volvía de la aburrida fiesta. Al verla, le contó lo sucedido, pero ésta no le creyó, porque al entrar no vio absolutamente nada. Sin embargo, Luci armó sus valijas y decidió volver a vivir con sus padres, no quería pasar ni un minuto más en ese lugar espantoso.

La noche siguiente Agustina se quedó despierta hasta tarde chateando con sus amigos. Todo estaba normal en esa casa, que cada vez estaba más segura que lo de su amiga había sido solo una pesadilla. Hasta que en un momento, comenzó a escuchar ruidos extraños que provenían del pasillo, se dirigió hasta ahí y empezó a sentir una presencia extraña persiguiéndola. Al darse vuelta, pudo ver a la misma mujer que su compañera de casa le describió. Corrió hacia la habitación y la puerta se cerró sola ocasionando un ruido tenebroso que la hizo desvelar por completo.

Estaba con mucho miedo, no sabía qué hacer ni qué le iba a suceder y a la vez, lamentaba el no haberle creído a su amiga de toda la vida.

El cursor se movió de lugar

Valentín Dorigo

El cielo se fue oscureciendo, sus tonos iban en un degradé de colores naranjas, violáceos, como todas las tardes noches. Un invierno muy frío y húmedo que te carcome los huesos, siempre fue así en la ciudad de la Plata. El neoliberalismo en el poder daba entender que ya no había dulce que comer cuando llegue a casa. Así que arriba en mi hogar mentalizado de que las dos comidas tenían que ser precisas y polentas para bancar la parada.

Esta tarde llegué aproximadamente a las ocho p.m., emponchado hasta las narices, echando humo por la boca, me cocine un guiso de paloma, hice una digestión regurgitante y me fui directo al fondo de mi casa. El fondo tenía su particularidad, abrumadora y Bohemia, una oscuridad parecida a la del monte, había que sumergirse para que no querer salir corriendo. Respire profundo, abrí la puerta haciendo ruidos toscos para espantar cualquier monstruito que se quisiera hacer el loco.

Al conectar mi respiración con el aire, sentí una energía densa inmovilizada en el éter, para no hacer tanto espasmo me fui directo al baño. Camino al baño se empezó a llenar de calor el ambiente y mi cuerpo de un momento otro subió abruptamente de temperatura, los colores no eran los mismos, como quien está bajo los efectos de la nafta, las paredes se empezaron a salir de sus lugares, las vigas a caerse, llegué al baño y me encontré con una manada de ratas gigantes, asquerosas, con los ojos poseídos por

un demonio, el pelo encrestado, sus brazos pegajosos, comiendo a un murciélago descuartizado en el piso.

Salí corriendo tan rápido que parecía que volaba sobre el pasillo, a cada paso el piso se levantaba, salían ratas gigantes y voladoras, eran tiros hacia mi cabeza. Una rata me agarró el cuello y me mordió de tal manera que me sacó un ganglio de lugar, no me quedaba otra, contraatacar y luchar por mi vida. Agarré mi facón afilado, me metí entre ellas igual que Güemes contra los realistas, o lo mismo Juana Azurduy, en minoría pero en mi terreno, empecé a matar bichos que se me querían enquistar por todo el cuerpo. En el medio del fondo había un cráter en el suelo, que no se sabía a dónde iba, me refugié ahí unos cinco segundos, herido y un poco ensangrentado, pero seguí la pelea asquerosa.

Minado de gritos similares a los de un bebé en haciendo, con los oídos explotados de sonido y uno de ellos con una gran infección decidí cortarme una de las orejas, para no sufrir. Es el día de hoy, que escucha la mitad y lo siento bastante gratificante ya que las ratas no dejar nunca de gritar y creo que nunca lo harán.

El departamento de la muerte

Karen Figueredo

Tras años de la desaparición de Mariana Torres, su hermana menor, Lidia decide mudarse al departamento que le pertenecía a ella. Tiene 23 años y hacia una semana daba clases de pintura en un centro cultural cerca del departamento. Ésa había sido una de las razones principales para mudarse.

Tras un largo día acomodando sus cosas, desempacando bolsos y corriendo cajas de lugar, Lidia se detiene, con melancolía a ver fotografías de su hermana que le hizo recordar lo rara que había sido su desaparición.

Cuando ya se estaba preparando para ir a dormir, se sobresaltó por los ruidos extraños que provenían del lavadero. Sin dudarle mucho, se acercó hasta allí y sintió que su cuerpo temblaba al ver que el ventanal enorme quedaba al balcón, estaba abierto dejando entrar el viento otoñal, que anunciaba una tormenta. Decide cerrarlo y volver a la cama.

A eso de las cuatro de la madrugada, medio dormida, camina hacia el comedor por un vaso de agua. Abre la heladera, saca la jarra de agua y antes de que alcanzara a agarrar un vaso, siente una respiración en la nuca. Lentamente voltea y se encuentra así, con la figura de su hermana mayor. Intenta gritar pero no le sale la voz. Nadie sabía nada de su hermana desde hace cuatro años y ahora, está enfrente suyo.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba mate y tostadas, tratando de concentrarse en el programa que estaba dando en la televisión, y no eran del suceso nocturno, de cómo la televisión empieza a cambiar se dedican al de canal sin que ella esté usando el control. De repente, la pantalla se pone negra y una muchacha Rubia y pálida aparece. Le advierte a gritos que salga del departamento. Lidia se larga a llorar, entrando en pánico, y en ese momento se corta la luz. Ella se da vuelta y la figura fantasmagórica de un hombre gigante la golpea en la cabeza con un martillo.

Hipocresía

Iara Flores

Muchas veces llegué a fantasear con mi muerte y cómo se sentiría: las causas de esta y lo mucho -o poco- que podría llegar a afectarles a mis allegados. Hoy se encontraban todos reunidos en el salón velatorio. Había personas que lloraban, y lo más gracioso de todo era que ni siquiera llegaron a conocerme del todo. Otros estaban reunidos cerca de la gigantografía hablando de lo buena piba que había sido. Desde mi lugar podía observarlos y las risas, un tanto irónicas, salían de mi garganta. En serio no me creía la hipocresía de la mayoría de invitados; realmente esperaron hasta el día de mi muerte para hablar bien de mí.

Me movía entre las personas, aunque ninguno de ellos podía verme o sentirme, y llegué hasta mis amigos más cercanos. Si bien no lloraban, si se los veía un poco nostálgicos. Ya no seríamos un grupo de seis, sino uno de cinco. Pero me interesaba más la que había sido mi única amiga en todo mi paso por la secundaria. Ella miraba a ciertas personas, a esos que alardeaban haber compartido sus mejores momentos junto a mí, con desprecio. Incluso la escuché hacer un comentario al respecto: “la trataban re mal y ahora lloran y velan por ella”, seguido, risas sin gracia.

Nuevamente, volví a mirar a los invitados, sintiendo todo aquello que sentí hace dos años atrás con el funeral de mi abuela, solo que esta vez, yo me encontraba del otro lado –y ni siquiera en sentido figurado, realmente estaba en lo que se denominaba “el otro lado”-. Y en esa observación pude darme cuenta de lo hipócrita que podemos ser, incluso yo lo fui también. Porque, en algún momento, llegué a recordar a alguien con recuerdos inexistentes. Y es que al final del día éramos todos iguales: unos hipócritas que no sabemos valorar la vida ajena hasta que ya no estén.

¿Qué sería capaz de hacer?

Unelen Flores

Es extraño lo acostumbrados que están las personas a la crueldad humana. Se torna como normal u ocasional un genocidio en un país lejano, la guerra, tortura, y ocupaciones son acontecimientos casuales. Aún así nos preocupan, pero no nos afecta hasta que surge el interrogante: ¿Qué podrá hacerme otro a mí? La preocupación surge de la cercanía, por eso asusta más un robo cerca de casa que un país en desgracia.

Un día caminaba por la calle volviendo a casa, le pedí la hora a una señora, pero no obtuve respuesta. Desde que llegué a casa hasta acostarme, en mi mente surgían escenarios grotescos., cada uno peor que el anterior, que habrá pensado de mí esa mujer. Me dormí pensando “nunca haría algo así”. Pero me traicionó el subconciente.

Soñé que estaba caminando por la costa de mi ciudad natal, era de noche y había poca iluminación. Dos sombras se veían a lo lejos, traté de pasar lo más lo más lejos de ellas, pero empezaron a seguirme a una distancia prudente. El miedo me hizo correr, las sombras, ahora como dos hombres visibles también corrieron. Mi corazón se aceleraba mientras trataba de avanzar aún más rápido. La desesperación no me dejaba pensar con claridad. Uno de los sujetos se quedó atrás, el toro me alcanzó con un puñal en la mano. Sin poder pensar, agarré su mano y le atravesé la garganta gracias al impulso de la carrera.

Por un instante me paralicé, pero enseguida un sadismo brutal invadió mi ser. Terminé de abrirle el cuello mirándolo a los ojos, unos ojos temerosos, desconcertados. Sentí su sangre correr por mi mano, lo que antes era miedo, ahora me daba placer. Me

desenfrené, comencé a apuñalarlo múltiples veces en el pecho para que corriera la sangre por mis manos. Disfrutaba el fluido cálido, los quejidos de un hombre convaleciente, incapaz de emitir palabra. El otro tipo quedó inmóvil, paralizado por ver lo que estaba haciendo. Yo no temía por lo que pudiera hacerle, me temía por lo que fui capaz de hacer.

Me acerqué a él, pero soltó un grito que me despertó de un sobresalto. Estaba aterrado de lo que había hecho, miraba mis manos aún bañadas de sangre en mi mente, mientras me repetía que no fue real. No quería recordar ese sueño, los brazos me temblaban, mi respiración estaba agitada y mi corazón acelerado. Por primera vez el miedo no vino de los demás, por varios días me pensé en qué podría pasarme. La pregunta que me aterraba era: ¿Qué sería capaz de hacer?

El recuerdo de un ángel

Karina Garzón Rincón

Estaba sentada en el jardín, podía sentir el césped mojado entre mis manos y veía caer las pequeñas gotas. No tenía ganas de jugar como lo hacía las anteriores veces después de que llovía, el barrio en el que vivía quedaba en la parte montañosa de Bogotá. No era un barrio grande, por el contrario, era tan pequeño que todos nos conocíamos entre todos, allí me crié los primeros seis años de mi vida.

Ese día el ambiente se sentía diferente lo podía ver en la cara de las personas mirarme, era como si sintieran lástima por mí. Supuse que eran imaginaciones mías, lo único que me alegraba era que pronto veía a “papá”, bueno, así le decía yo, no lo era de sangre pero sí de corazón. Eran mis vecinos del piso de abajo, él y su esposa empezaron a cuidar de mí cuando apenas tenía un año, veían en mi, aunque fuera por unas horas, la hija que no habían podido tener.

Eran mi segunda familia, siempre esperaba que “papá” llegara de trabajar para ir a traer sus pantuflas, y él me abrazaba para después darme un beso en la frente y me decía “Esta es la parte más bonita de mi vida y la que espero desde que me levanto”. Después le daba una cartita donde le decía lo mucho que lo quería, él los guardaba en una cajita de madera y después me llevaba al parque a jugar y comer helado.

Meses después su salud empezó a decaer y ya no salíamos tanto, sin embargo yo estaba feliz de tenerlo a mi lado, él era tan optimista que me decía que todos estaban exagerando y se reía, su risa que todo lo arreglaba en mi pequeño mundo.

Un día cayó en coma, no fue necesario que me dieran muchas explicaciones, aunque estaba pequeña, no era tan chica, sentía su ausencia en las tarde. Yo tenía la esperanza cada día verlo de nuevo en su peculiar silla de madera, y así fue hasta que un día ya no volvió más. En mi corazón lo sigo esperando y sé que algún día tendré la oportunidad de decirle otra vez lo mucho que lo quiero y quise.

Muchas veces es difícil aceptar la ausencia de una persona a la que sin darte ningún motivo le entregaste el corazón y el alma. Pero sé que papá está conmigo, siempre.

¿Qué y quién soy?

Clara Ibarguren

Me encuentro viviendo en la ciudad de Ousir, mi nombre es Blanca y escribo esto para transmitir lo que he vivido en estos últimos días. No me interesa llegar a una multitud, simplemente me interesa llegar a una persona que me crea, que crea que esta historia es real y que no estoy loca como cualquiera podría pensar, y no los juzgo ya que lo leerán desde el mundo real.

Podría empezar por contarles quien soy, a que me dedico o con quien me relaciono, pero no es ese el punto de mi historia, simplemente quiero contar un relato que me estremece.

Hace cuatro días comencé a vivir en esta casa, la casa es chica y es la única que se encuentra en esta cuadra, lo que hay alrededor son bares y cafés, pero al lado de mi hogar se puede observar un pasillo largo que no conecta con nada. Después de esta breve descripción para situarlos en un escenario comenzaré a relatar lo sucedido. El día viernes, primero de mayo, cuando saliendo de mi vivienda me topé con un hombre, en realidad estaba sentado solo, en el café del frente y como soy nueva en la ciudad necesitaba algunas referencias, lo que me llevo a preguntarle por alguna librería. Nada hay de raro hasta acá, todo empieza cuando me acerco con amabilidad y le consulto, a lo que no solo no recibo respuesta sino siquiera una mirada. Pensé que quizá el hombre

había tenido un mal día. Volví a mi casa, noté que me sentía extraña entonces decidí irme a dormir.

Era un nuevo día, otra vez gris y la sensación de angustia persistía en mí, aunque no sé muy bien por qué. Ese día volví a insistir con buscar referencias de una librería, entonces crucé nuevamente al café del frente a consultarle a los mozos y otra vez la misma situación, ni una mirada. Había decidido recorrer las calles de Ouisir por mi cuenta, nunca antes lo había hecho y me encontré en un mundo aparte, un mundo que no conocía o quizás sí, podía encontrar ciertas similitudes, pero a la vez era todo muy extraño. En el recorrido no encontré librería alguna, tampoco me encontré con miradas, ni gestos, ni respuestas, pero lo que más me llamo la atención es que no me encontré con mujeres. Las calles de Ouisir están repletas de bares, cafés, edificios abandonados y grises, pero lo más curioso es que solo puedes toparte con hombres, hombres con miradas oscuras.

Una madrugada más donde me desperté, fui al baño, me miré en el espejo y no me encontré; no me vi ni me sentí. Miré a mis alrededores tratando de entender, pero nada tenía sentido, ni siquiera mis pensamientos. Salí a la calle, otra vez, la última vez. Me encontré con la situación de todos los días, pero esta vez volviendo a casa, casi por llegar vi como se asomaba una luz por aquel pasillo, que no conectaba con nada. Me llamo la atención y mucho, ya que en la ciudad no había luces; decidí entrar.

Ahora me encuentro acá, adentro del túnel, rodeada de mujeres que no existen más que en mi mente porque no las puedo ver, pero las siento. Las siento en las luces del túnel y en mis pensamientos, en las palabras que escribo.

Estoy sola, no me veo, no soy nada, pero a la vez soy todo, lo que ellas quieren decir y lo que yo también.

¿Soy una viva dentro de tantos muertos o soy una muerta dentro de tantos vivos?

La novia de la curva

Tomás Marchiano

Existen diferentes versiones, pero todas ellas tienen un denominador común: una joven, alta y de una belleza reconocible, enfundada en un vestido blanco. Cuenta la

leyenda que un padre de familia, llamado Charly Brown, volvía del trabajo a la casa por la carretera de las costas del Mull of Gallaway, en el extremo sur de Escocia. Era una noche lluviosa y de neblina, el frío empañaba el parabrisas y el cansancio empujaba sus párpados hacia abajo. A medida que avanzaba por carretera, las gotas golpeaban con más violencia los cristales de su coche, que perdía estabilidad, patinando en el serpenteante trazado del asfalto. Sin vista a más de cien metros, el joven padre, asustado, empieza a pensar en su familia con ánimos de preocupación por la situación de riesgo que estaba viviendo. El señor Brown trató de tranquilizarse e ir a lo más atento por las curvas peligrosas de dicha carretera. No veía a nadie transitando por el camino desde hace un buen rato. No era una noche para viajar.

El hombre agudizó los sentidos y redujo la marcha. Ya había recorrido más de la mitad del camino y la carretera se iba poniendo aún peor. En ese mismo instante, los faros del vehículo iluminaron la figura de una chica que, sucia y empapada por la lluvia, esperaba inmóvil a que algún conductor se apiadara de ella y la llevara a su destino. Charly, sin dudarlo ni un momento, frenó en seco y la invitó a subir. Ella aceptó de inmediato y mientras se sentaba en el lugar del copiloto, el señor Brown se fijó en su vestimenta. Llevaba un vestido blanco, largo, de algodón arrugado y manchado de barro. Por su pelo despeinado, parecía que llevaba un buen rato esperando en la oscuridad de la ruta.

-¿Es acaso un vestido de bodas? ¿Huyó de su casamiento? – pregunta el padre de familia curiosamente.

-Lo era.- Le responde suspicazmente la joven.

Reanudó el viaje y empezaron una distendida conversación en la que la chica esquivó en varias ocasiones la historia de cómo había llegado hasta aquel lugar. Charly sospechaba algo raro. Hasta que llegó el momento oportuno. La mujer del vestido blanco, con voz fría y cortante, le pidió que redujera la velocidad hasta casi detener el vehículo.

-Es una curva muy cerrada. – le advirtió.

El hombre siguió su consejo y, cuando vio lo peligroso que podría haber sido, le dijo:

-Gracias, me salvaste.

-No me lo agradezcas, es mi misión. En esa curva me maté hace más de 50 años después de mi boda. Era una noche fría y lluviosa como ésta – susurró ella, con voz cortante.

Un escalofrío recorrió la espalda del hombre y erizó su piel. Cuando giró la vista hacia el copiloto, la joven ya no estaba. El asunto, sin embargo, seguía húmedo.

En el bosque pudimos ver(nos)

Ignacio Martínez

A todos nos ha ocurrido, despertarnos sin saber dónde estamos, quizás confundidos por los sueños. Francisca no llegó a preguntarse dónde se encontraba, o tal vez no quiso confirmarlo. Sabía perfectamente que donde se hallaba no era el último donde se había acostado, conocía muy bien su propia habitación como para no reconocerla de un momento al otro.

Si bien todo estaba oscuro, parecía poder ver hasta aquello que a simple vista no se aprecia. El tiempo parecía efímero, es prácticamente imposible decir/saber si fueron cinco segundos o diez minutos lo que tardó en oír aquella voz. Al hacerlo, se recompuso y salió tras ese suave sonido, caminó dando la impresión de que conocía a la perfección esa especie de bosque donde se encontraba, tanto así, como si fuera el patio de su casa. Con esa misma seguridad era que ella caminaba, tomando caminos como si ya estuvieran trazados, acariciando la corteza de los árboles, algo pegajosos por la misma savia que brotaba de ellos, sus manos persistían suaves y blancas como una tela, tarareando una vieja canción que su madre le cantaba todas las noches de su infancia antes de irse a dormir, sin nunca despreocupar su mirada puesta fija en ese “norte” que era aquella voz, que sin llamarla la atraía.

En ningún momento su calma se rompió, ni siquiera cuando se encontró en un círculo, de unos quince metros cuadrados sin ningún tipo de vegetación, se podía ver que entre las altas copas de los árboles que la rodeaban, entraba una arrasadora luz del sol. Se sentó allí, con una delicadeza que la caracterizaba, su vestido color piel, y su piel color papel. Acomodó su pelo largo, lacio y rubio, no corría una brisa que pudiera despeinarla, y cuando por fin se quedó solo respirando, sintiendo a los pájaros cantar, a las plantas danzar, y a la tierra vibrar, se apareció frente a ella la voz que oía, que hasta allí la había llevado.

“Puedes verme, puedes oírme, puedes olerme y hasta decir que tengo forma. También pueden decirte que no existo, que mi camino es el mal, que solo causo daño. Lo real, y a la vez paradójico, es que estoy aquí porque me han dañado, tanto ha sufrido mi alma que nunca pudo hallar la paz. Es por eso que te he alcanzado con mi canto llamándote ¿Cómo pude ser que tú, que tanta calma y paz irradias, estás aquí? ¿Es que acaso no recuerdas por qué estás aquí? ¿P simplemente eres buena para ignorar? Me causas una tormenta de dudas en mi cabeza, cada persona que aquí llega me busca desesperadamente para preguntarme de qué modo pueden librarse de este tormento que no es vivir y tampoco es morir. Es existir sin sentir, más que el sentimiento que tuvimos al dejar de vivir, y es por eso que no muero, porque sigo, y seguimos sintiendo, y tú también, pero ¿qué es lo que sientes que te hace estar aquí y no sufrir?”

Sonrió como quien sonríe por la mañana al estirarse en la cama, y con su suave, cálida y tierna voz dijo: “Sin dudas que estoy aquí porque he sufrido, y que mi alma llena de sufrimiento no halla la paz, pero no por ello viviré, o no viviré, como quieras llamarlo, este limbo sin paz ¿o es que mi vida fue oscura solo en su final? ¿Qué esa noche, que aquel monstruo fue lo que me trajo hasta aquí? Fueron 23 años, en los que la única luz, fue mi madre, ¿ves el bosque? Todo es oscuro por las grandes copas de los árboles que no dejan entrar la luz., pero mira mejor, aquí, justo aquí donde nos encontramos, mira hacia arriba, ¿ves el sol entrar? Creo que es mi madre, diciéndome una vez más “todo está bien” y también creo que tu lo sabías y por eso me trajiste hacia aquí”.

Se levantó y yéndose le dijo: “en la vida hay muerte, y en la muerte hay vida, quizás este limbo no es más que otro día, para vivir o para morir, no siempre podemos elegir que será de nosotros, pero sí podemos elegir qué modo queremos que pasen las cosas.”

Torre de marfil

Macarena Nievas Rodríguez

Es una tranquila tarde de otoño. El pasto aún es verde pero las hojas ya cambiaron de color. Parada frente a la ventana coloca su mano sobre el diario, cierra los ojos y respira hondo. Cree que si se concentra lo suficiente podrá sentir el viento en su cara. En lugar de eso puede sentir como un gusano sube uno a uno los peldaños de su espalda.

Se arrastra por su cuello hasta alojarse justo detrás de su oreja.

-Es un hermoso ocaso.

-¿Crees que significa algo? Debería...

-No seas estúpido, querida. Lo único que significa es que estás encerrada, mirándolo por la ventana. Igual que ayer y el día antes de ayer o mañana y el día después de mañana.

-Andate – le ordena indignado – Es por tu culpa que cada vez me dejan más sola y ya nadie me cree.

- Nadie te creía mucho antes de que yo apareciera ¿y para qué querés más? Los demás te desprecian. No son más que una mala parodia de la humanidad. Estás mejor conmigo.

-Andate. Cuando vos venís ellos aparecen y...

-¿No es que no querías estar más sola?

-Pero no así, no así – grita desesperadamente- ¡Andate, por favor! No puedo pasar por esto otra vez...

Pero ya es tarde, el gusano está alojado en su cabeza.

-Si te ponés así es peor – Le susurra como si se burlara de ella.

-¡Andate! Vos no estás acá, no sos real.

-Si yo no estoy acá, vos tampo- le reprocha ofendido- Además ni que tu realidad fuera mejor que yo.

-Callate- le suplica. Está angustiada, no deja de dar vueltas por la habitación. – Ya vienen, están acá.

Las sombras se expanden desprendiéndose de las paredes y se abalanzan sobre ella. Son como ganas que intentan arrancarle la garganta. No quieren que hable. Puede sentirlos desgarrándole la carne. Grita, pelea. Intenta escapar pero no hay donde esconderse. Ellos habitan en las sombras.

Cuatro hombres de ambo blanco irrumpen en la habitación. No ven las sombras ni a los que se esconden en ellas, son como títeres que están guionadas: reducir, inmovilizar, sedar. Un mar de sábanas y manos comienzan a ahogarla. No para de gritar, de sacudirse. No quiere que la toquen, siente miedo y asco. Intenta por todos los medios huir de las sombras y de los títeres blancos. Reducir, inmovilizar, sedar. Eso es todo. Queda sumida en un silencio inmoral. Poco a poco irá desapareciendo en esa rutina de

gritos, violencia y manotazos desesperados hasta convertirse en el recuerdo de lo que alguna vez fue.

Brahma

Emilia Novo

Siempre fui atea. Toda esa cháchara sobre deidades y cuestiones imperceptibles nunca me convencieron. Si Dios existe, es un pelotudo. O demasiado blanco, o demasiado varón. Seguro que demasiado heterosexual. Quizás fue por estyo que mi muerte nunca me quitó el sueño. La biología era clara. Todo se apagaba. Fin. Nada de cielos, infiernos, ni términos intermedios. Siempre me preocupó morir antes de tiempo. No por mí, yo no me enteraría. Sino por les que me rodean. Mis padres, mi hermana, mis amigas. Sufrimiento innecesario y seguramente bajo condiciones trágicas. Por suerte no fue el caso. Ya había pasado la suficiente agua por debajo del puente.

Tuve la vida que fui armando. Docencia, militancia, acompañamiento y goce.. No hubo velorio, en vida siempre insistí con que no existiera. La idea de un grupo de gente llorando alrededor de un fiambre, me daba escalofríos. Tiré mis cenizas en algún lugar lindo y aproveché a viajar, ni se te ocurra poner un mango en un cementerio asqueroso. Mis deseos fueron órdenes. No podría explicarles como, pero pude observar como mis allegades se reunían en una especie de ceremonia., Mis amigos lloraban, algunos reían con amargura. Amigos por su parte, se mostraban duros e irónicos ¡Cuántos años habrán pasado desde que el feminismo llegó a nuestras vidas! Y sin embargo, ese miedo a demostrar emociones no se les iba nunca. Mi hermana, introspectiva como siempre, fingía que todo estaba bien. Mi compañera en todo y nunca pude entender que pasaba por su cabeza.

Leí cada uno de los personajes de esa escena como libros que devoré una y mil veces. Supe cómo iban a reaccionar, qué iban a decir, cuánto iban a llorar. Ningune me sorprendió. Vos tampoco decidiste ser el encargado de mis restos. Te acompañé cuando elegiste el lugar indicado. Sé que lo sabías. Alguna vez nos prometimos viajar a Praga, también a Barcelona. De tomar café y leer libros en lugares primermundistas. Me río de lo snobs que éramos, de lo poco consientes de todo lo que teníamos. Siempre el asiendo

del Mercedes fue suficiente. No importaba el olor a humedad y que las manijas se salieran. Por eso el río era la mejor elección. No importaba el frío. Esparciste mis cenizas en la orilla, te sentaste y abriste una cerveza. Para les dos.

La espera

Silvia Quentrequeo

El banco está lleno de personas. Afuera, el calor es agobiante y la jornada es tensa. Para Severino, esa mañana era como otra, se había levantado muy temprano para ir a la obra. Así poder cortar al mediodía para llevar al más pequeño a la escuela. Al salir de la casa había sentido el sonar de su rodilla, que anunciaba el día difícil y doloroso.

Antes de llegar al banco, había atravesado el centro a las puteadas, en un tránsito tediosamente lento y obstaculizado como esas colas de banco. Mascullando: “qué país de m...”

Ingresó al banco y se ubicó detrás de una monja y al segundo, un barbudo se le colocó detrás.

Miró el perfil de la monja, era joven y linda. Fantaseó un segundo por cómo sería debajo del hábito. Al mismo tiempo escuchó que el hombre de atrás decía:

- Tendremos para un buen rato acá, Macri y la rec... de tu hermana.

La monja lo miró censuradora:

- Si Dios quiere, nos vamos rápido.

EL barbudo le refuta:

- La realidad da muestra de que, o no existe o es cómplice de esta política de hambre.

- Lo que sucede es que nuestra clase va a laburar sin demandas, Esto no cambia hasta que la clase laborante no se organice de tal modo que tome el poder- para entonces sabía que la monja le volvería a censurar.

- Para mí tiene razón en un punto, las políticas del gobierno son de hambre, solo espero que el empresariado y la clase media sean más solidarias y trabajen juntas para instaurar reformas a este capitalismo feroz.

Severino miró la cámara, y en ella, el reflejo de la monja, pensó en darle un beso, pero desistió de hacerlo. Recordó porque estaba allí, se adelantó y sacó el arma.

- Esto es un asalto- gritó por los aires.

Disturbio en la fila

Micaela Rodríguez

El 5 de noviembre del 2018 un jubilado llamado Roberto Manson de 95 años de edad se levanto muy temprano para ir al banco.

Roberto era viudo tenía ciertas complicaciones en una pierna el usaba bastón de madera ya que estaba a comienzo de mes decidió aprovechar el día, para retirar su dinero.

El tenía que pagar sus estudios y rehabilitación de su rodilla ya que tenía fibromialgia en todas sus articulaciones, y más concentrada en su pierna. El banco estaba muy colapsado de gente, y frente a él una cola muy larga.

Junto a él se encontraba un empresario muy bien vestido: pelado con anteojos negros, de traje y camisa blanca bastante corpulento y con un maletín. Llamado Carlos Peralta, tenía en su mano un celular estaba renegando porque no tenían tiempo para llegar a su oficina.

Delante de Carlos había un párroco llamado Marcos que dialogaba con un muchacho y su señora que amamantaba un bebe pequeño.

Tenían un perfil de personas con bajos recursos Marcos los quería ayudar con algunas donaciones.

El hombre Carlos muy maleducado los comienza a insultar y a decir “porque no se mueren y van hablar el otro lado no se dan cuenta que ocupan espacio al pedo la concha de su madre”. El turro le contesta “cállate pelado botón cara de cobani”; Deja pasar vos al viejo que esta esperándonos que todos acá y esta re rengo sin ofender dan el tal Carlos se muy enojado va y le seden el lugar a Roberto ya que hacía mucho frio.

Click

Camila Sala Marambio

A Amanda le gusta leer, bailar, cantar, comer, crear, dibujar, escribir cartas - con una decoración abundante en pegatinas alrededor -, acariciar a los animales y observar. Este último gusto le encanta, el solo hecho de quedar perpleja por algo o alguien, le inquieta, le fascina, pero sobre todo le produce algo hipnotizante.

La pequeña está de vacaciones, son sus primeras vacaciones en su nuevo hogar. Se siente cómoda y su familia también, ya que no tiene que levantarse tan temprano para ir a la escuela y así mismo se duerme más tarde. Una noche -una de las tantas donde Amanda se quedaba haciendo alguna recreación-, cuando la pequeña comienza a pestañear reiteradas veces y ya no da más del cansancio, se levanta y se dirige a apagar la luz y volver a su cama. Una vez dentro cierra sus ojos y se asoma una diminuta sonrisa de descanso y en ese momento. Click. Se enciende la luz. Amanda -con un entrecejo bien ceñido- abre los ojos mirando extrañada y se levanta a apagar la luz nuevamente, luego se vuelve a recostar en su cama y en ese momento. Click. Grita de enojo, creyendo que es alguno de sus hermanos. Se levanta, abre la puerta por si alcanza a ver a alguien, nada, vuelve a apagar la luz y nuevamente se recuesta. Click.

Fueron diez veces en donde se repitió este suceso, sin embargo Amanda ya no parecía enojada sino que se convirtió en un juego para ella, un ritual que se repetía cada noche. Un día, comenzó a querer respuestas, deseaba poder comunicarse con ese ente, esa presencia, que le apagaba la luz todas las noches, por lo que creó un juego de preguntas y respuestas: dos click SÍ y un click NO. De esta manera, Amanda y dicho fantasma comenzaron a darse cuenta que tenían gustos en común; les gustaba el helado, las pegatinas, y ver documentales de animales. Cada día se le hacía más difícil lograr levantarse por las mañanas y ansiaba que el día terminara para que el cielo se cubriera de estrellas, para comunicarse con su amigx, pues ya se habían compartido muchos secretos.

Una noche su amigx no se manifestó, -en ningún sentido- la pequeña tenía pena y miedo por pensar de que quizás le pasó algo. Esa pena y ese miedo se fue presentando constantemente, pues su amigx cada vez se presentaba de manera intermitente; su familia también estaba preocupada, pero por el estado de ánimo de Amanda. Se veía

decaída y no tenía ganas de ir a la escuela, además, se avecinaba su cumpleaños y Amanda siempre se exaltaba por ese día, pero esta vez no.

La noche anterior a su cumpleaños, -solo faltando horas para dicho festejo- la pequeña se encontraba en su habitación, pegando pegatinas a todos los objetos que cumplen la tarea de iluminar su espacio; su lámpara de noche, las figuritas de animales fluor que se divisan en plena oscuridad y su lámpara del techo, la cual era la última que le faltaba. Cuando estaba saltando desde su cama para lograr llegar al techo y pegar por lo menos una pegatina, las luces comienzan a titilar hasta dar con un gran apagón. Amanda comienza a sonreír de oreja a oreja. Era su amigx. Sin embargo, en ese momento de felicidad es cuando la pequeña despierta de esa tristeza y empieza a observar su habitación, situación que no había hecho hace un gran tiempo. Su álbum lleno de pegatinas estaba casi vacío y le extrañó no ver otro álbum más -pues sus madres constantemente le regalaban uno o dos álbumes-. El peluche con el que siempre dormía ya no estaba, se agachó para mirar bajo su cama y ahí estaba, lleno de polvo y pelusas y también habían otros juguetes que había olvidado por completo. En ese momento, se le avecina una ola de preguntas y tristeza al no comprender que estaba sucediendo, estaba olvidando objetos que antes eran sus cosas más preciadas y también su amigx, quien estaba desapareciendo.

No comprendía nada hasta que escuchó un CLICK. La misma oscuridad desapareció y se iluminó la habitación

Crónica de la primera crisis

Martina Skretkowicz

Abro los ojos. En el centro de mi habitación, una niña muy pequeña con dos trenzas, blanca de ojos azules, el ícono católico de un rostro angelical, deja de observarme y mientras despierto, empieza muy despacio a caminar en el aire dibujando con los pies la estela brillante de un ángel, hasta volver a acatar a la ley de la gravedad tirándose por la ventana.

Se mató una nena desde mi ventana. Impasible, me levanté despacio, prendí la cafetera y me acerqué a mirar. Se mató una nena desde mi ventana y en la vereda, yace su cuerpo

enorme, deforme y aplastado. Su cara, su pelo, el vestido blanco tan enorme que vestía: toda su materia estaba estirada sobre el suelo como esas plastilinas Play-Doh con las que jugaba de chiquita. Me interceptó violentamente la mirada inerte de sus ojos, que ya solo eran dos círculos blancos con un centro celeste en cada uno. Sus ojos deshumanizados evocaron la densidad de una mirada que parecía querer atravesarme una viga de hierro ardiendo por cada ojo, pero aun así, adentro mío no sentía nada. Debe ser la insensibilidad de las mañanas, o la auto preservación de una misma en los sueños. En la calle rayos de sol, hojas secas y poca circulación: un domingo otoñal en La Plata. La gente que pasaba por al lado ni miraba. Me serví un café y con una tostada en la mano bajé a la vereda. La casa está en una esquina, y a la vuelta de la puerta estaba ella, o acaso lo que quedaba de ella. Bajé para mirar de cerca, prácticamente para curiosear dentro de la certidumbre de mi propia mente con algo que aún no comprendía a donde se dirigía.

Creí que mi mente nunca haría algo para dañar mi propia sensibilidad, pero al alcance de mi inconciencia estuvo la imagen más obscena de un cuerpo desfigurado. Un baldazo de sangre púrpura enmarcaba el desguace de órganos, carne y huesos sobre la vereda de mi casa. Me quedé mirando con los ojos bien abiertos como una nena frente a una imagen sin censura.

-Tenés cuatro entregas pendientes Martina. –me dijo con su boca, que estaba en alguna parte de ese cuerpo destartado.

-Estoy durmiendo todavía. –le respondí confundida.

-Soy la energía que estás desperdiciando. –

La situación me dio ternura: estas escenas ilustraban un colapso. Decidí acurrucarme sobre mis restos, sumergirme en el gran charco púrpura del suelo y dejar que los rayos del sol me penetren los poros de la cara. Dilucidar, en la comodidad de mi sueño, a donde quería ir a partir de ahora. *Cuando no sabés que hacer, no hagas nada* dice una canción de Pérez. *Lo mejor es entender que si la calle se moja, mojate los pies y la cabeza.* Empezar de cero. Además, los domingos en La Plata cargan matices hermosos. El aire parece más puro, la atmósfera es menos espesa. Me encontré acostada en el escenario ideal para pensar la efímera programación que me daría energía esta nueva semana, la respuesta estaba en dormir un poco.

Yo solo quería despertar

Martina Silio

Recuerdo esa noche, esa noche donde todo era oscuro y no había salida. Me desperté a media noche exaltada, mi hermana sin entender nada me preguntó: ¿Estás bien? A lo que contesto que sí, que no sabía lo que había pasado, seguro era un sueño. Volví a dormir, pero es en ese entonces empecé a vivir una pesadilla insoportable en mi cabeza, a lo lejos, apenas podía ver, un grupo de gente llenos de sangre, me corrían, yo intentaba escapar y no podía.

Veía como todos me miraban y repetían mi nombre, sin saber por qué ni quiénes eran esas personas. Yo solo veía un cuerpo pero sin rostro. Sentía como poco a poco mi cama se convertía en un río de transpiración, sentía mucho miedo. Los tenía cada vez más cerca, no entendía nada. Intenté correr por un bosque, pero nunca desaparecían, me perseguían y estaban en todos lados. Hasta que una de ellas se acercó y se me puso cara a cara, pero seguía sin reconocer/ver su rostro. Por su aspecto era una mujer, me susurró que no tenga miedo que si les daba lo que ellos querían, no me iban a lastimar. Muy asustada le pregunté “¿Y qué es lo que quieren?” y la mujer contestó, “Tu alma, alma joven, es lo único que nos puede salvar y para eso tenemos que hacer un ritual.

Todo se iba poniendo muy feo y yo solo quería despertar, gritar, moverme, pero no podía hacer nada. Me llevaron a un lugar donde había muchas cosas relacionadas a la iglesia, velas, rosarios colgados, fotos. Aterrada miré a las personas que estaban al rededor y veía como se me iban acercando cada vez más a mi, diciendo unas palabras que eran imposibles de entender. Cerré los ojos y en ese mismo momento sentí una mano que me agarraba fuerte el brazo. Era mi mamá, desperté y supe que solo fue una pesadilla.

Purezas

Sol Silveria

Sus restos habían sido enterrados en noviembre de 1989, aunque aún no lo sabía.

Estaba inmersa en un sueño consciente del que no podía despertar. Hacía tiempo de Nina sentía como su pesado cuerpo flotaba de un modo extraño, y se esforzaba todo lo posible por tratar de abrir sus ojos, pero cada vez que lo intentaba el olor a encierro y tierra húmeda la inundaba.

No supo identificar el momento exacto en el que se encontró en el living a oscuras de su casa, desde donde se podía visualizar la mesa del comedor alumbrada con una sola vela, mientras el frío que invadía todo el lugar, amenazaba con apagar su leve llama. Sus lágrimas cayeron lentamente al sentir la angustia que se respiraba en la casa, y buscando consuelo, se dirigió a la habitación de sus padres, en donde su madre yacía en la cama, sola.

-Mamá- susurró, pero solo obtuvo un leve movimiento de su parte.

-Mama- dijo otra vez más fuerte, y, de vuelta su madre solo se movió ligeramente.

-No la despiertes- dijeron a su espalda. Nina se dio la vuelta sorprendida de que alguien más esté allí. No reconocía aquella voz, y estaba segura de no haberla escuchado nunca.

-¿Quién sos?- preguntó alarmada. - ¿Quién soy?, bueno, ahora soy lo que se dice un “fantasma” pero si te referís a cómo me llamo, soy Julio, Julio Hernández. - Nina lo miró atentamente, y aunque nunca lo había visto en su vida, su pelo pelirrojo le provocaba una extraña sensación de familiaridad.

-Sé que estás asustada, que te preguntás que pasa, y que querés respuestas. Te las voy a dar pero necesito que me escuches con atención. -le dijo serio- Está bien - le respondió Nina.

-Sé que no me conoces, nunca me viste en tu vida, pero es porque hace 50 años que estoy muerto y merodeando por esta casa. Vi crecer a tu mamá, a vos y a tus hermanas, presencié los momentos más importantes de sus vidas. - Nina lo miraba fijamente, ¿qué hacía en su casa entonces aquel alma?. -Mi muerte fue violenta, al igual que la tuya, y para poder pasar esta fase entre la vida y la muerte, tenemos que reconciliarnos con ella, aceptarla. En estos 50 años lo único que pude recordar por deducción es que me mataron acá

La vida como pantalla de cine

Agustín Soto

Podría imaginar mi muerte de muchas maneras, pero a pesar de que me genera temor, independientemente de la forma en que se presente. Si existen algunas, en particular, que me asustan demasiado, que incluso, me llegan a “poner la piel de gallina” de solo pensarlas. La primera forma sería morir ahogado, donde creo que se debe sentir una impotencia, y desesperación, horrible, que me produce escalofrío el ser “consciente” de que tu vida se está por terminar. La segunda que se pasa por mi mente es morir quemado, que parece hasta gracioso que si no me mata el agua, lo hace el fuego, pero lo gracioso se va cuando pienso en la sensación de un calor sofocante y un dolor constante, que se vuelve cada vez más agudo e insoportable. La tercera, para ir finalizando, sería morir de una caída de demasiada altura, ya que ver que me estoy por “estrellar” contra el suelo, y que en el mejor de los casos puedo quedar con heridas graves e irreversibles, esto produciría terror en cualquier persona.

Como conclusión, creo que cualquier manera que no produzca una muerte repentina, o instantánea, y que sea lenta y dolorosa genera un terror inmenso, tanto en mí, como en todas las personas. Esto lo supongo partiendo de la base que todos le tienen miedo a lo desconocido, y es la muerte lo que más desconocemos. Aunque algunos tengan esperanza en que puede haber algo mejor, como el conocido “paraíso” o la “reencarnación”, yo creo que no lo hay. Y que una vez que me muera todo lo que fui, lo que soy y lo que espero ser, se va a comenzar a borrar de la vida en sí, dejándole paso a otra vida, mientras que nuestra “vista” queda oscura, como si fuera una pantalla de cine después de pasar los créditos, es decir, en negro.

María

Juan Stegmayer

Hace algunos años, un pueblito muy tranquilo se encontraba algo revolucionado por el accionar de una mujer llamada María.

Esta joven había encabezado muchas protestas de poca difusión y concurrencia en esos tiempos, que denunciaban la desigualdad entre hombres y mujeres.

En un momento, esas protestas empezaron a ser comentadas, viajando de boca en boca, estableciéndose como una voz fantasma que incitaba a romper las estructuras sociales del momento, en donde el protagonismo era de los hombres.

El pueblo empezó a cambiar y nunca más fue el mismo. Las habitantes del pueblo, junto a María tomaron las calles. La revolución había empezado.

Esa voz fantasma llegó a cada rincón y resonaba en el oído de cada habitante.

Solo algunos hombres pudieron soportar los cambios. Los demás se vieron obligados a abandonar el pueblo y la voz de María los persiguió para siempre.

El pueblo sufrió un proceso de deconstrucción. Hoy es un lugar más libre e igualitario, que fomentó el empoderamiento de la mujer en toda la región.

Una mañana de terror

Diego Velásquez

El día siguiente sería muy importante para mí, fue una noche dura ya que me costó bastante dormir. A la mañana siguiente debía levantarme temprano y por eso programé la alarma para las 6:30 am.

Lo siguiente qué recuerdo, permanece en mi memoria porque fue muy traumático. Sentí como si me despertará y sentí en mi cabeza y mi reloj natural hiciera que me despertara ya que la alarma de mi celular no lo había hecho. Rápidamente, la angustia y la preocupación se manifestaron en mí, haciéndome sentir un fuerte dolor en el pecho, muy parecido a la sensación del susto.

La torpeza caracterizaba mis acciones, pensamientos y movimientos entre tanta ansiedad y tensión. Miré el celular y la hora marcaba las 10:34 am, estoy casi cuatro horas atrasado. Entonces pensé inmediatamente: ese día tenía que rendir un examen importantísimo de matemática, a las ocho y media de la mañana, por lo tanto estaba llegando muy tarde.

En mi cabeza se disputó una batalla de pensamientos y sensaciones, que variaban entre angustia, tristeza, impotencia, enojo y el debate entre presentarme tarde y explicar lo sucedido o ahorrarme la humillación, mala cara del docente y quedarme en mi casa.

Antes que mi alterada mente pudiera decidir entre que hacer, el odioso sonido de mi alarma, invadió mi pieza. Por lo general, este remite a tediosas rutinas, deberes y responsabilidades pero esa mañana me generó alivio.

Me tomó, unos minutos darme cuenta de la situación, tuve que entender que no me había dormido y que no me perdí el examen.

Entendí, que mi preocupada y ansiosa conciencia, me había jugado una mala pasada. Por suerte era solo una pesadilla. Me levante tranquilo, decidido a aprobar el examen.

Aún con el paso del tiempo, sigo recordando esta serie de sucesos, como si me hubieran ocurrido la semana pasada.

La nieve y la rosa

María Luján Wollands

Eran las doce del mediodía en La Plata. Lucy, a quien apodaban “Rusita” debido a que era rubia de ojos claros, se encontraba en la casa de una amiga tomando mates y estaban preparando su fiesta de cumpleaños número 19. Las horas pasaron volando y se hizo de noche, la rubia se tenía que ir a su casa y decidió pedirse un Uber porque ya era muy tarde para tomarse el micro. Llegó el auto, Rusi se sube y van charlando con el chofer durante el viaje, cuando de repente un micro se cruza en el camino. Chocan y desafortunadamente Rusi pierde la vida en el acto. Al morir se encuentra con un nuevo mundo, en el momento en el que pierde la vida. En ese instante en el que muere se da cuenta de que había un montón de personas a su alrededor, pero no eran personas comunes, eran fantasmas quienes le estaban dando la bienvenida a su nueva integrante. Lucy no entendía muy bien lo que estaba pasando, hasta que aparecen Amelia y Josefina, quienes le explicaron que estaba muerta y eso era lo que sucedía después de la muerte. Era igual que en la vida normal pero las personas que seguían vivas no te podían ni ver ni tocar. Los fantasmas podían comer y usar todo lo que quisieran porque una vez que ellos tomaban algo, automáticamente se transformaba en cómo estaban ellos, y a los humanos no les afectaba porque para ellos no había ningún cambio, era como si se creara una copia de lo que tomaran.

Lucy estaba muy triste e inmediatamente fue a ver a su familia, quería dejarles un mensaje, decirles que estaba bien y que no se preocuparan. Entonces le preguntó a Amelia y a Josefina que podía hacer, y le dijeron que era posible dejar señales, no podían ser muy explícitas porque las personas no podían enterarse ni sospechar de que los fantasmas existían de verdad, pero quedaba en las personas vivas si entendían que era tuyo o si no le daban importancia. Las señales que les podían dar los fantasmas a los vivos eran limitados. Solo podían dos veces por año, entonces había que elegir bien a quién y qué hacer para que no se desperdiciaran. Lucy optó por gastar las dos señales que tenía y mandar una a su familia y otra a su mejor amiga, pero el problema era qué señal mandar para que esas personas se den cuenta que era ella, o por lo menos, piensen que podría ser ella y así Rusi podía comenzar su vida como fantasma.

En lo primero que pensó fue en hacer que crezca una rosa en el jardín de la casa de su amiga, porque ambas tenían un anillo que compraron juntas y que tenía una rosa plateada, entonces lo hizo. Esperó unas semanas a que la rosa crezca y anheló que su amiga se diera cuenta que era ella. Luego de plantar la rosa les preguntó a Amelia y a Josefina que era lo que habían hecho y si les había dado resultado, pero ambas les dijeron que era algo muy personal y que tenía que surgir de uno mismo. Entonces Lucy, pensó que lo mejor que podía hacer era que nieve en la ciudad de La Plata, porque solo había sucedido una vez y a su familia y a ella les encantaba la nieve. Esperó que fuera invierno y lo hizo, provocó una nevada en la ciudad y su familia, quienes seguían muy triste por su muerte, sonrieron al ver la nieve y se acordaron de ella. Para Lucy eso fue suficiente y decidió que cada invierno provocaría una nevada en la ciudad para alegrar a su familia.

Alegría cubana

Sasha Wright

El mejor viaje de mi vida fue a Cuba.

Conocí muchas cosas acerca de su cultura lo más inteligente que hice fue no ir a un hotel lujoso. En cambio visité la casa de un par de conocidos, viví como ellos viven el día a día.

Al mediodía y por la tarde, salía a pasear por la playa y las calles de cada pueblito, observaba, cada cosa que se me presentaba. De noche salía sola, conocía a mucha gente, me divertía, intentaba hablar inglés o usaba el traductor para poder comunicarme con algún ruso, francés o canadiense. Conocí a un colombiano. Era comunicador social, el cual en el medio de una joda, me contó su experiencia en sus años de estudio. También conocí a un pampeano, a lo que yo le dije “Boludo ¿qué te haces el copado?, Soy Argentina”.

Un recuerdo que me quedó muy grabado fue cuando aproximadamente a las 19hs salí a correr y me encontré con algo muy parecido a mi infancia.

Donde el juego era otro, la distracción era totalmente distinta, lo que valía eran las conversaciones, las carcajadas, la amistad, compartir una pelota de básquet y otra de fútbol. Jugar al béisbol, correr de acá para allá descalzos. Por último ver como se tomaban un largo tiempo para compartir una charla en la cual me sumaron. Me preguntaron muchas cosas. Ven más allá siendo tan jóvenes y niños.

No solo escuché a niños y jóvenes. También escuché a padres de personas que viven acá en Argentina el esfuerzo que hicieron para poder ayudar a sus hijos para que cumplan sus sueños. Que le den valor al estudio y a la inteligencia. Me pareció muy lindo e importante.

Los cubanos le ponen alegría a lo que ya está devastado.

Siempre nos solemos guiar por querer ver lo que nos muestran los medios, a través de fotografías, videos, incluso en el diario, los lugares más lujosos por los cuales van la mayoría de los turistas. Pero mi interés es otro, es ver, conocer, escuchar y estar en una casa como cualquier otro cubano. Vivir como viven ellos. Así es como conocemos realmente muchas cosas, poniéndonos en el lugar del otro.